

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

SANGRE DE COW-BOY



Novela cinematográfica de costumbres del Oeste Americano, interpretada por el popular cow-boy JACK PERRIN

25 CTS.

Mania ch.

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

Redacción y Administración Mora de Ebro, 141 - BARCELONA (Vallcarca)

SANGRE DE COW-BOY

Novela cinematográfica de costumbres del Oeste Americano, interpretada por el popular cow-boy

JACK PERRIN

Exclusiva: PROCINE, S. A. — Consejo de Ciento, 332

En el Virginia Club se celebraba aquella noche un match de boxeo que había despertado excepcional interés y enorme expectación en todos los estados de la República Norteamericana.

Jack Lannings, el boxeador millonario, como le llamaban con justicia, ya que su padre era uno de los financieros neoyorkinos de más renombre, se disputaba el campeonato con un famoso pugilista profesional, al que, obsesionado por su afán de luchar y de triunfar en aquel

I

viril deporte, esperaba llegar a vencer.

Para servirle y atenderle en aquellos momentos de definitiva prueba, Jack contaba con el apoyo y el cariño solicito del negro Tom, a un tiempo amigo y fervoroso criado.

Tom le acompañaba a todas partes, le ayudaba en todo y había llegado a hacerse, apesar de su humilde condición, el inseparable del boxeador millonario.

Faltaba todavía más de me-

dia hora para que diera principio la velada de boxeo, y ya no cabía nadie en la sala.

Lleno de entusiasmo, aguardaba Jack el momento de aparecer en el ring y de enfrentarse con su enemigo, cuando le anunciaron que un señor deseaba verle.

Su rostro palideció, porque presintió quién era el visitante.

—Que pase—contestó.

Abrióse la puerta del cuarto donde Jack tenía sus copas y accesorios, dejando paso a un caballero de mediana edad, alto, robusto, vestido con un abrigo negro y sombrero de copa.

—¡Mi padre!—exclamó el boxeador millonario al ver que no se había equivocado.

Este le rechazó con un gesto brusco.

—No te vayas a creer que he venido a presenciar ese bárbaro combate, que repugna en alto grado a mis sentimientos. Por el contrario, vengo a impedirlo.

El muchacho no se atrevía a contestar.

—No creía que llegaras a deshonrar nuestro apellido, tomando parte en un match público—siguió diciendo el acaudalado financiero—. Desde hoy, olvida que eres mi hijo, si es que insistes en tomar parte en ese salvaje espectáculo.

Pudo más en el joven Jack el amor al deporte que el amor filial. Por más que insistió cerca de su padre, intentando en

vano hacerle comprender que, después de haber retado a su contrincante, no podía retirarse sin hacer un formidable papel ridículo, el millonario no quiso escucharle.

Furibundo, dejó a su hijo, sin decirle siquiera adiós, dispuesto a no querer saber nunca más nada de él.

Aquella ruptura exasperó a Jack, que, al llegar la hora del combate, luchó como un león, dejando knock-out tras un largo y emocionante combate, a su rival, entre los hurras y las aclamaciones del público que le condujo en triunfo hasta la calle.

Pero cuando hubo terminado el espectáculo, Jack se acordó que, apesar de su victoria, se encontraba, como consecuencia de la maldición paterna, solo en el mundo, sin otras propiedades que su automóvil, el negro Tom y "Rex", un perro que, aun perteneciendo a una casta inferior, no olvidaba los deberes a que la gratitud obliga y le acompañaba a todas partes.

—Ya lo ves, Tom—dijo a su fiel criado—. Mi padre ha renegado de mí.

—Si he de ser una carga para usted—repuso el negro con lágrimas en los ojos—, estoy dispuesto a dejarle, aunque durante todo lo que me quede de vida, lloraré la pérdida de mi mejor amigo.

—No es cosa de tomarse las

cosas tan a pecho, amigo Tom—repuso Jack—. Haremos una "tournee" pugilística por el interior del país y vendrán los dólares a porrillo. Dentro de tres días estaremos en Texas.

Y estrechó la mano de su

viejo servidor, como prueba de que no abandonaría nunca al que solícito y probo, había estado a su lado toda la vida, aun cuando le amenazase el peligro...

II

Dos días después, Jack y Tom que habían dado comienzo a su peregrinación por el Oeste, empezaban a darse cuenta de que no es tan fácil atravesar sin exposición aquellos intrincados vericuetos como vencer al más fornido campeón de boxeo en un salón de espectáculos neoyorkino.

Cruzaban un bosque, cuando una partida de bandoleros les cerró el paso. Iban todos armados con sendos rifles y apuntaban a los dos amigos, intimándoles a que detuvieran su marcha.

Jack no llevaba encima otra arma que un cortaplumas de bolsillo. Con semejante material no podía, naturalmente, intentar gran cosa. Detuvo el automóvil y dijo a los bandoleros:

—Hagan el favor de apuntar hacia otro lado, si no les es molesta, porque las armas de fuego me ponen muy nervioso.

El que capitaneaba la banda, se acercó al vehículo.

—Ya nos perdonará usted, joven—dijo a Lanning con tono burlón—. Pero es el caso que nuestros caballos están cansados y, como llevamos prisa, tenemos necesidad de un automóvil.

No quedó al boxeador otro remedio que capitular.

—A cambio del auto—siguió diciendo el bandolero—les dejamos dos caballos. Le recomiendo el mío, "Alazán". Es un verdadero aristócrata de su raza.

Y, diciendo estas palabras, montó en el coche, puso el motor en marcha y desapareció sobre él como una exhalación, seguido de su pandilla.

—¡La cosa se nos presenta negra, amigo Tom!—dijo Jack—. ¡Pero, no queda más remedio que tomarnos los acontecimientos con filosofía!

—Yo creo que hemos ganado con el cambio—replicó el negro.

—Los cuarenta caballos del automóvil, ya relinchaban por falta de gasolina, y éstos, aunque

no sean más que dos, parece que van bien alimentados, porque corren como relámpagos.

Siguieron su camino los dos amigos, bajo un sol de justicia que caía sobre la verde pradera que cruzaban en aquel momento.

Ya llevaban tres horas de marcha, cuando un nuevo grupo de bandidos les salió al encuentro.

—¡Alto ahí!—gritó el jefe de la banda.

Era éste nada menos que el famoso "Ojo de Buitre", un pe-rillán, a cuya cabeza habían puesto precio, en vista de sus desmanes, las autoridades comarcales.

El bandido les despojó de buena parte de sus vestidos, dejándoles en mangas de camisa, y luego se apoderó de los dos caballos.

—Podéis quedaros con los trajes—les dijo—. Los caballos, me los reservo.

Y salió galopando en su corcel, junto con sus cómplices; mientras el pobre Jack decía al fiel Tom:

—Si no encontramos pronto el medio de adecentarnos un poco, en cuanto llegemos al primer poblado, nos encarcelan por faltas a la moral y a las buenas costumbres.

Suerte tuvieron nuestros héroes de que a pocos minutos de allí, hallábase enclavado el rancho de Sary, uno de los más ricos y famosos de la comarca.

Hacia allí se dirigieron, determinando hacer por sí mismos aquella obra de misericordia relativa al vestuario del desnudo.

Era dueña del rancho la señora Edvina Genkins, viuda desde hacía algún tiempo y poseedora de un corazón más tierno que ala de pichón, a la vez que de un espíritu admirador en alto grado de la pulcritud.

Esta última circunstancia hacía que los cow-boys del rancho no la pudieran ver ni en pintura.

Los vaqueros del Oeste, si son modelo de valentía y nobleza, no lo son, en cambio, de higiene y limpieza. Naturalmente: a un cow-boy no es cosa de exigirle que se bañe diariamente, ni se afeite cada mañana, ni se haga la manicura, ni se lave los dientes con perborato de sosa. Sin embargo, la señora Genkins lo habría querido así, y por esta causa se peleaba con ellos a cada momento.

—¡Llevas las orejas más sucias que la corteza de un jamón!—le decía a uno—. ¡Con que, o te las enjabonas, o te las corto, como si fueras un gato!

Junto con la señora Edvina, vivía Juanita, una sobrina suya de diez y ocho primaveras, que estaba obligada a disfrazar sus naturales encantos para no hacer sombra a la viudez llena de ilusiones de su sentimental y romántica tía.

¡Y era allí donde acudían Jack y Tom, en busca de refugio y

consuelo a las penalidades que les habían deparado sus prime-

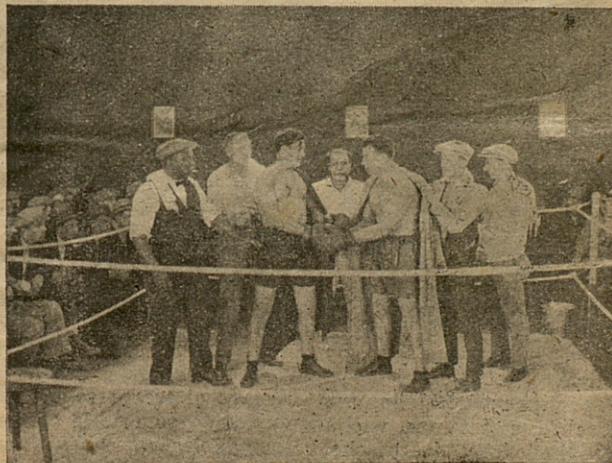
ras andanzas por el Oeste misterioso!

III

Si la señora Edvina tenía entre los cow-boys bien pocas amistades, en cambio, John, el

no era posible, optaba por conformarse.

En el rancho había otro hom-



Jack, al llegar la hora del combate...

capataz del rancho, se hubiese dejado matar por su ama. Únicamente hubiese preferido que allí mandasen los pantalones en lugar de las faldas; pero, como se daba cuenta de que aquello

bre también adicto a la dueña: era éste Johnson, el hombre de confianza del capataz, que compartía en todo y por todo las opiniones y los deseos de John.

—¿Sabes—decía a su super'or

jerárquico—, que “Ojo de Buitre” está aquí cerca?

—¿Qué dices, Johnson?

—¡Lo que oyés! Lo sé de buena tinta.

—¿Y por dónde anda?

—El y su gente han sido vistos en Aguas Muertas.

En efecto, por allí andaba “Ojo de Buitre”, campando tranquilamente por sus respetos.

Tenía proyectado un golpe de mano contra el rancho “Sary”, pero quería combinarlo bien, a fin de que no le fallara.

Pero no contaba con Jack y con Tom, que se iban aproximando a la finca y le descubrieron.

—Mira—dijo Jack a su criado e inseparable amigo—. Ahí está aquel bandido que nos ha robado los trajes y los caballos!

Y, antes de que el negro pudiera reponerse de su sorpresa, cogió un hierro que vió en el suelo, y se precipitó sobre el bandido, que debió a la agilidad de sus pies el que Jack no le partiera el cráneo.

En aquel momento, John, que había salido a dar una vuelta por los alrededores del rancho, descubrió al boxeador millonario que empujaba todavía el hierro, dispuesto a descargarlo sobre la cabeza del bandido, si éste se atrevía a volver.

—¿Qué hacías con ese hierro en la mano?—le preguntó con tono amenazador.

—Me disponía a romperle la cabeza a un ladrón que nos de-

jó sin caballos ni vestidos hace unas horas—replicó Lanning.

Viendo que “Ojo de Buitre” había abandonado en su huida varios de sus efectos, John tuvo una idea:

—Oye—dijo a Jack—. ¿Serías tú capaz de enamorarse a una mujer?

—¡Ya lo creo!—replicó el joven—. Soy invencible con los hombres e irresistible con las mujeres.

—Verás, verás. Tú serías un marido ideal para nuestra ama. Te presentaremos como si fueras el famoso bandido “Ojo de Buitre”, y es indudable que se enamorará de ti y no volverá a preocuparse de si nos lavamos o si dejamos de lavarnos. ¿Qué te parece?

—A mí me parece bien, a condición de que nos den ropa para vestirnos—contestó Jack—, porque de otra manera, me parece que vamos a tener un serio disgusto.

—¿Ropa? Aquí tienes la de “Ojo de Buitre”, que ha abandonado al escaparse. No te descuides de ponerte la cartuchera, aunque los cartuchos estén vacíos. La cuestión es dar la sensación a la señora Edvina de que eres un hombre terrible, aunque para cazar mujeres, la pólvora es lo de menos.

Tom, que se había puesto una chaqueta abandonada por uno de los ladrones que formaban parte de la escolta de “Ojo de Buitre”, temblaba como si tuviera

chianas.

—¡Si no se casa, nos asan!—se decía—. ¡Y yo, con lo negro que soy, debo estar horrible carbonizado!

Cuando Jack estuvo ya vesti-

testó el capataz—, pero, apesar de sus años, está muy bien conservada y es romántica en extremo. ¡Ya verás cómo le produces un efecto agradabilísimo!



—Podeis quedaros con los trajes. Los caballos, me los reservo.

do, John se dispuso a llevarlo en dirección al rancho.

—Bueno—dijo el boxeador—. Vamos a ver la novia que me destinan.

—No es muy jovencita—con-

Y he aquí cómo el inofensivo Jack quedó convertido en un peligroso bandido, irresistible para los corazones femeninos, cobijadores de anhelos románticos.

IV

—No olvides — recomendó John a Jack—, que, a instancias nuestras, vas a ser el dueño de "Sary", el rancho más rico de la comarca.

—Bien, bien—replicó el muchacho—: ¡pero comprended que el sacrificio que me pedís, es superior a mis fuerzas!

El intrépido boxeador no exageraba al pronunciar aquellas palabras. Acababa de distinguirse en efecto, a la señora Edvina, que se hallaba a la puerta del rancho, y que no le pareció, ni muchísimo menos, ninguna beldad tentadora...

—Señora—dijo John ceremoniosamente—: tengo el gusto de presentarle al famoso bandido "Ojo de Buitre", que acaba de confesarme estar enamorado de vuestra hermosura.

—Gracias, Johan—replicó ella haciéndole una seña para que se retirase.

Obedeció el capataz y entonces la viuda se quedó mirando a Jack y le dijo:

—Eres el hombre que todas las noches ilumina mis sueños. Ven, que quiero que entres en esta casa, que desde hoy será la tuya.

Jack al oír aquellas palabras,

empezó a sudar tinta.

Cruzaron un corredor, en medio del cual el boxeador distinguió a Juanita. Pero como la muchacha iba hecha una facha, no le prestó la menor atención.

—Véte dentro, niña—le recomendó la señora Genkins—. Lo que es este señor y yo hemos de hablar, no te interesa.

Tráil y prudente, la muchacha se retiró. La viuda hizo entrar en su habitación a Jack y le dijo:

—Yo tengo un corazón de mantequilla de vaca. Cuando mi pobre Eustaquio, que en paz descansa, bajó a la tumba, creí que nunca podría mirar cara a cara a ningún otro hombre.

—¡Qué lástima que no resultara verdad tanta belleza!—pensó el boxeador millonario.

—Mi honesta viudez—continuó diciendo la señora Edvina Genkins—, se ha visto después iluminada por un fantasma que se parece a ti como una gota de agua a otra gota.

—¡Mire usted qué tal!—estuvo a punto de responder Jack. Pero se contuvo y dejó a la mujer que siguiera declarándole su decadente pasión.

—La luz extinguida de mi

primer marido—añadió la viuda—la conviertes tú hoy en radiante sol de nuevas ilusiones.

—¡Esta mujer está intoxicada de literatura romántica!—dijo para sí Lanning—. ¡En buen

bocadillos. ¡Juanita!

La presencia de aquel apuesto desconocido, con que su tía deseaba hablar reservadamente, había hecho que la linda Juanita sintiese como nunca el pe-



La señora Edvina no pareció ni mucho menos, una beldad a Jack...

lío me he metido!

Un bostezo interrumpió el discurso de la viuda.

—La felicidad de nuestro amor—dijo a Jack—, me ha abierto el apetito—. Afortunadamente, el infeliz de mi primer esposo me dejó una despesa bien proyista. Ahora llamaré para que nos traigan dos

so de su disfraz. Fué por ello que, cuando acudió al llamamiento de la señora Genkins, iba cuidadosamente peinada, arreglada, piripuesta... A Jack le hizo un efecto muy distinto del que experimentara cuando la viera por vez primera en el corredor...

—¡Juanita!—repitió la viuda

en cuanto vió a su sobrina—: ¡preparanos dos pares de gallinas en pepitoria!

—¡Y de esto llama esta vieja dos bocadillos!—volvió a decir para sí el boxeador—. ¡Cuando esta señora se decide a ir de banquete, deben experimentar las subsistencias un aumento de precio en todos los territorios de la Unión!

Llegó la muchacha al cabo de poco rato con una enorme bandeja, donde se hallaban las cuatro aves. Como viera que ella misma les iba a servir, la señora Edvina le indicó con un gesto que dejase la bandeja sobre la mesa y se retirara, cosa que hizo la pizpireta muchachita al pie de la letra.

Jack, que sentía bastante desfallecimiento, pues hacía muchas horas que no había probado bocado, fué a alargar el brazo para coger un pedazo del oloroso condimento.

—Perdona, amor de los amores—interrumpió ella—. Voy a servirte con mis propias manos, como tú te mereces.

Una vez hubo comido abundantemente, Jack se sintió un poco más valiente y, pretextando tener un ligero dolor de cabeza, eludió la compañía de la enamorada vieja, y se dirigió en busca de Juanita, que le interesaba muchísimo más, como es natural, que la vetusta señora Jenkins.

V

No tardó en descubrirla. Ella bien intentaba ocultarse a su presencia; pero el boxeador se le acercó y le dijo:

—Adorable Juanita: permítame que le recuerde que no estamos en Carnaval para andar hecha una facha como usted va. Y cónstele que, apesar de su ridículo disfraz, he adivinado que es usted preciosa... Permítame, por consiguiente, que ad-

mire su belleza a mis anchas...

Se había hecho de noche, y ninguna importuna presencia interrumpía el naciente idilio... Y como Jack era un muchacho apuesto, y Juanita una chiquilla sencillamente encantadora... Corramos un velo, caro lector, y dejémosles a sus anchas embelesarse en amorosas promesas y dulces planes de dicha y felicidad futuras.

Cuando se separaron, que fué al cabo de un buen rato, Jack dijo a la joven:

—Sí, preciosa Juanita: cuando he podido darme cuenta de la realidad de tus encantos, me

Ahora vamos a verlo.

Buscando con quien compartir el juego de los dados, al que tenía gran afición, Tom encontró una compañía que ni pintada... de negro. Era esta la de



Tom había hallado una compañía que ni pintada... de negro.

has acabado de enamorar. Huiré y pediré al sheriff que nos liberte a los dos.

Y Jack se fué en busca de Tom, su fiel criado, a quien no había vuelto a ver desde que irrumpiera en el rancho "Sary" de manera tan original.

¿Qué había sido del negro?

Panchita, una negra auténtica coquetuela y amiga de gastar cochufletas a todo el mundo.

Ello le valió una oportunidad sin par. Averiguar donde estaba su cuarto. Se refugió en él, y cambiando su traje por un vestido de la negra se dispuso a poner pies en polvorosa, con

ánimo de libertad a su señor de aquella especie de emboscada amorosa en que las circunstancias le habían hecho caer.

Hay que confesar que Tom, vestido de negrita, estaba hecho una preciosidad. Para anuncio de una nueva marca de chocolate, no hubiese tenido precio.

Pero no contaba con que Panchita se apercibiría de la superchería de su hermana de raza.

—El moreno Tom me ha engañado!—gritó desafortadamente la criada, cuando se dió cuenta de la sustracción de que había sido víctima—. ¡Se ha disfrazado con mis vestidos! ¡Ladrón! ¡Sinvergüenza! ¡Y decía que se quería casar conmigo! ¡Mentiroso!

Y como le sorprendiera en el momento en que pretendía huir, Panchita demostró a Tom con creces que el sexo femenino no es tan débil como algunos pretenden, pues le propinó una paliza que le dejó maltrecho y adolorido.

Jack Lanning aprovechó la primera oportunidad que halló para ponerse en contacto con él.

—Tom—le dijo—: como tú no encuentres medio de huir de aquí, yo no sé que va a ser de nosotros. A mí no me dejan ir ni a tres tirones, y la perspectiva de tenerme que casar con la señora Edvina me ate-

roriza más que si hubiera de boxear con Gene Tunney.

Tom movía la cabeza de un lado para otro, como quien no hay solución a un conflicto.

—Mira—le dijo el boxeador millonario al cabo de un rato. —A ti te dejarán salir con mayor facilidad. Voy a darte unas líneas para que las lleves al "sheriff".

Y, arrancando una hoja de papel de un block de notas que llevaba en el bolsillo, escribió estas palabras:

"Señor sheriff: Ruego a usted dirija a su gente al rancho "Sary", donde hay un hombre arbitrariamente detenido. Gracias.

Jack Lanning."

Naturalmente que el muchacho se guardó bien de añadir que el hombre que estaba arbitrariamente detenido era él. Para un joven que había ganado todos los campeonatos de boxeo de su categoría, aquella confesión había de resultar un poco vergonzosa.

No era tarea fácil escaparse, pero cuando llegó la noche, Tom pensó que si todos los gatos son pardos a aquellas horas, los negros son más negros todavía. Saltó la cerca del jardín y echó a correr como un endemoniado en dirección al puesto del sheriff, a fin de pedirle ayuda para libertar a su señor.

VI

Entretanto, unos peligrosos vecinos se acercaban al rancho "Sary". Eran estos "Ojo de

habitaciones, los bandidos irrumpieron en la finca, llevándose todo el dinero que había en ella



—Soy Jack Lanning, para servir a usted..

Buitre" — el autentico, naturalmente—y su cuadrilla, que se disponían a dar el golpe de mano proyectado.

Cuando todo el mundo se hubo recogido a sus respectivas

y secuestrando a la pobre Juanita, que llamó su atención por su extraordinaria belleza al bandido.

Al darse cuenta Jack de lo ocurrido, los bandoleros ya ha-

bían puesto pies en polvorosa. Furioso y desesperado por el rapto de Juanita, iba a salir en persecución de los malhechores cuando John le cortó el paso.

—No te marchaes aún, hombre, que ahora llega el sheriff con fuerzas.

El representante de la autoridad escuchó las declaraciones de los perjudicados y se dispuso a obrar en consecuencia. Pero Jack, así que pudo, puso pies en polvorosa, como igualmente Tom, que había llegado con las fuerzas de la policía.

—Yo no me fío de la autoridad de este pollo—dijo Jack—. vale más que obre por mi cuenta.

¡Ya lo creo que valía más obrar por su cuenta! ¡Como que era el único procedimiento para dar con el bandolero y su cuadrilla! Las gentes del sheriff, eran conocidas de los malhechores, y en cambio, no era fácil que “Ojo de Buitre” reconociese al joven y a Tom, a pesar de formar parte de la interminable lista de sus víctimas.

Tras muchos esfuerzos, lograron Jack y Tom descubrir la guarida de “Ojo de Buitre” en un momento en que su gente se había distanciado de él. Arrojóse el boxeador sobre el bandido, y allí tuvo lugar un combate pugilístico sin árbitro, managers ni golpes de gongo, pero que terminó venciendo Lanning a “Ojo de Buitre” por knock-out.

—¡Ahora ya no falta sino

amarrar sólidamente a este socio para que no se escape cuando vuelva en sí y registrarlo todo a ver si encontramos a Juanita.

—¡Y el dinero de la señora Genkins! afirmó Tom.

—¡Al diablo la señora Genkins! — replicó Jack—. ¡Vaya unas ganas que tienes tú de recordar cosas tristes! ¡Vaya una tardecita la que me hizo pasar ayer! ¡Prefiero boxear doce rounds seguidos que tener que escuchar las palabras melosas de aquella vieja ridícula!

Cuando “Ojo de Buitre” recobró el sentido, y se halló atado de pies y manos, empezó a chillar como un condenado, pero de nada le valieron sus lamentaciones. Tom, con un garrote en la mano, le vigilaba, por si intentaba deshacerse de sus ligaduras.

No tardó Jack en hallar el escondrijo donde el bandolero había ocultado a Juanita. Esta, al ver al joven, estalló en sollozos de alegría y de reconocimiento.

Después de dar las gracias a su amado por haberla puesto en salvo, la muchacha dijo:

—Le robaron a mi tía todo el dinero que guardaba escondido... Se morirá de pena si no lo recobra.

—No te apures, Juanita, que ya daremos con el tesoro—replicó Jack—. Por de pronto, yo ya he hallado el mío...

Y mientras los dos amantes

se abrazaban y Jack estampaba un cálido beso en la boca como fruto en flor de Juanita, Tom que no cesaba de vigilar a “Ojo de Buitre”, decía para sus aden-

tros:

—Si no fuera por nosotros los morenos ¿qué sería de los precritos blancos?

VII

Cuando Jack, que triunfante, se disponía regresar al rancho con Juanita, “Ojo de Buitre” y el tesoro de la señora Edvina, o sea todo cuanto interesaba recobrar o capturar, halló su paso cerrado por las fuerzas de la policía montada que le intimaron a que se detuviese.

La explicación del hecho era muy sencilla.

Edvina, sin darse cuenta de que con ello comprometía al amado de su corazón ajamonado, había declarado al sheriff que Jack Lanning no era otro que el famoso “Ojo de Buitre”.

Juzguen nuestros lectores la impresión que la falsa nueva produjo en el ánimo del representante de la autoridad.

—¡Dios mío, y que plancha tan horrible!—exclamó el pobre hombre—. ¿Porqué no me decía usted eso desde el primer momento? ¡Y yo que le he dejado escapar con la mayor tranquilidad! ¡Un hombre a cuya cabeza le han puesto las autoridades un precio más alto que

si estuviese recubierto de oro y pederería!

—¿Cómo?—exclamó temblando la señora Genkins—. ¿Es decir que le matarán si lo cogen?

—¡Naturalmente!—contestó el sheriff—. Tiene en su haber diez y siete atracos a mano armada unos doscientos robos de ganado y siete personas despachadas para el otro mundo.

La señora Genkins, prorrumpió en amargo llanto, al ver desvanecerse sus ilusiones. Pero quiso seguir al sheriff y a la policía montada, que salieron inmediatamente para ver de capturar al bandido.

Jack, al verlos llegar, se adelantó, dirigiéndose al sheriff al que habló de esta manera:

—Señor sheriff: tengo el gusto de presentarle al famoso “Ojo de Buitre”, el bandido cuyos numerosos delitos tenían atemorizada a toda la comarca.

Al hombre se le abrieron unos ojos como naranjas.

—¡Cómo! — exclamó—. ¿No

eres tú "Ojo de Buitre"?

—No señor. "Ojo de Buitre" es este socio que viene cuidadosamente amarrado a retaguardia y al que espero dé usted el castigo merecido.

—¿Entonces, quién eres tú?

—Yo soy Jack Lanning, para servir a usted.

—¿Jack Lanning? ¿Tú eres entonces, el hijo de Don Rug? Lanning, el banquero de Nueva York?

—El mismo que viste y calza.

—¿Y qué diablos haces por estos barrios?

—Reñí con mi padre, que no quería que boxeara y me vine al Oeste, junto con mi negro Tom, criado de casa y excelente y fiel amigo mío. Por el camino "Ojo de Buitre" me robó la ropa, y como no era cosa de andar semi-desnudo, fui a refugiarme en el rancho "Sary" donde el capataz me hizo pasar por "Ojo de Buitre", a fin de casarme con la señora Genkins, que según parece suspira, a pesar de sus años, por hallar un bandolero que le robe el corazón.

—Pues me parece, chico, que tú no vas a ser ese bandolero!—replicó el sheriff, mi-

rando con maliciosa sonrisa a Juanita que bajó los ojos ante la discreta alusión del representante de la autoridad.

—Tiene usted razón, sheriff. He contraído un compromiso más a mi gusto.

Nuestros protagonistas se despidieron del sheriff y de su gente de la policía montada. Todos emprendieron su regreso hacia el rancho. Jack, junto con Juanita, Tom, con Pancha, y la señora Genkins, como no halló otro "refugium peccatorum", optó por ponerse al lado de su capataz al que dijo, entornando los ojos con tono meloso:

—¡Y yo que me creía que era un bandido de verdad! De todas maneras, no me convenía... Tiene muy pocos años y menos experiencia... ¿Sabe usted lo que sería más apropiado para mí?

—No sé—replicó el capataz.

Volvió Edvina a poner los ojos en blanco y, poniéndose un dedo en la boca, como había visto hacer a las ingenuas de las comedias, añadió:

—Un hombre de la edad y de las condiciones de usted, John.

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

ALBUM DE ARTISTAS DE LA PANTALLA



CLAIRE WINDSOR

Fué en sus comienzos artista de ópera, hasta que una terrible enfermedad la hizo perder completamente su hermosa voz de soprano. Estudió entonces la coreografía y obtuvo el primer premio en un concurso de belleza celebrado en Washington. Animada por este resultado, probó fortuna en el cine, obteniendo en sus primeras sesiones ante el objetivo lisonjeros resultados. Claire Windsor es hoy una de las más refulgentes estrellas americanas del arte mudo y todas sus producciones se cuentan por éxitos.